

Me llamo Andrés Coindre

6. En el Seminario mayor de San Ireneo de Lyon.

Piadoso e decidido, valiente y seguro de mí mismo, yo, Andrés, continué mi camino, rumbo al seminario mayor.

Llegué allí el 1 de noviembre de 1809. San Ireneo me acogió con alegría. El cumplimiento de mi lema *“No escatimar esfuerzos para convertirnos en la sal de la tierra y la luz del mundo”* se verá impulsado por una comunidad educativa de alto nivel.

Para Fesch, los seminarios eran el futuro de la Iglesia. Hablando de su tío el cardenal Fesch, Napoleón dijo: *“A mi tío, que lo pongan en un alambique, y sólo saldrán seminarios; estas escuelas son parte de su constitución”*. Se puede decir lo que se quiera de Monseñor

Fesch, lo cierto es que, jugando a menudo al escondite con su impetuoso pariente el emperador, la Iglesia de Lyon le debe mucho, por los seminarios que abrió (al menos siete) y por poner en ellos profesores de reconocidos méritos.

Bajo la dirección de los hijos del Padre Olier, los sacerdotes de San Sulpicio, entre ellos los padres Bouillaud, Maréchal, Royer y Catal, todos ellos espíritus fuertes al servicio de la Iglesia, crecí y me

dediqué a los estudios con entusiasmo y aplicación. Pero estos maestros de grandes conocimientos y experiencia en la formación del clero, eran una preocupación para el gobierno imperial. Bajo presión de las autoridades civiles, el cardenal Fesch se vio obligado a sustituirlos por sacerdotes diocesanos.

Si Fesch daba un paso atrás era para avanzar mejor. El seminario mayor pasó a manos de hombres de gran mérito: los padres Cabuchet, Cholleton, Cattet y Gardette. En ambos equipos había grandes tesoros de sabiduría y ciencia, así que bebí de estas fuentes de agua viva y eché raíces sólidas con vistas a consolidar, el día de mañana, la llegada del Reino en la tierra posrevolucionaria.

Estos años en el seminario mayor (1809-1812), me condujeron al sacerdocio siguiendo las etapas canónicas de la época: tonsura en 1809, las cuatro órdenes menores en 1810, subdiaconado y diaconado en 1811 y ordenación el 14 de junio de 1812.



Lugar donde se encontraba el seminario mayor, hoy, estación de Croix-Paquet.



El cardenal Fesch.



Coindre en la veintena. Imagen realizada a partir de su ficha para el servicio militar.

Este día selló mi plan de consagración a Dios. *“No escatiméis esfuerzos para convertirnos en la sal de la tierra y la luz del mundo”*, mi lema, era la divisa para mi vida.

De manos del cardenal Fesch fui ordenado sacerdote a la edad de 25 años. Entre mis compañeros de clase, mi amigo Jean-Marie Mioland, de quien tendré la oportunidad de hablar más adelante.

Nota:

Fesch se convirtió en arzobispo de Lyon y primado de las Galias, a la cabeza de la Iglesia de Francia, el 22 de julio de 1802. El cardenal Fesch pasó muy poco tiempo en Lyon, menos de tres años de sus doce años de episcopado. A su llegada, en diciembre de 1802, se enfrentó a las mismas dificultades que su predecesor: un clero diezmado, disperso y dividido, y con propiedades confiscadas. Escogió hábilmente a tres vicarios generales. El

cardenal cuidó de su diócesis. La Revolución provocó una disminución considerable del número de sacerdotes. A su llegada a Lyon, se estimaba que faltaban al menos 240 sacerdotes para atender a la diócesis

Restableció muy rápidamente el seminario mayor de la plaza Croix-Paquet y lo confió a los sulpicianos. Fundó seis pequeños seminarios. Tenía también proyectos para una escuela superior de ciencias religiosas y para este fin adquirió la antigua Cartuja de Lys del Santo Espíritu, en la colina de la Croix-Rousse; pero no podrá completar este proyecto.

Cuando Luis XVIII le negó la administración de su diócesis, Fesch se fue a Roma donde se estableció hasta su muerte el 13 de mayo de 1839, negándose siempre a dimitir de su sede de Lyon.